

Derecho inmobiliario de la Guinea española

ANTECEDENTES HISTORICOS

Mucho se engrandeció Cartago (1) en el siglo vi (a. J. C.). Destruída Tyro por Ciro, rey de Babilonia, vióse libre de la competencia de su antigua metrópoli (2), y, en cierto modo, heredera de sus colonias. Firmemente asentada en Africa, sostenía ventajosas relaciones comerciales con numerosas ciudades del interior del continente, con otras del litoral que fueron fenicias, como Tánger y Thelis (3), y con las que ellos mismos establecieron, como Rusadir, hoy Melilla. En este siglo, Cartago llegó a ser un emporio de riqueza; allí se fabricaban telas de algodón y otras manufacturas (4), se comerciaba con oro, plata, azogue, plomo, estaño (5), miel, cera, maderas, trigo, etc.; con esencias aromáticas, por su proximidad a Alejandría, y con drogas medicinales (6). Sus ar-

(1) Cartago, Cartaco o Kartakor, equivalente a ciudad de las ciudades, expresión oriental que significó ciudad dominante o capital, debió fundarse en el año 814 ó en el 815 (a. J. C.), ya que Aristóteles dice que es doscientos cuarenta y siete años más moderna que Utica, y ésta se fundó un poco antes que la inmigración de los dorios. Se componía de Mehalat, o ciudad exterior, donde estaba el mercado; de Byrfa, que en púnico significa castillo, y que era la ciudadela, y del Cothón, o puerto en donde tenían separación las escuadras de guerra y mercantes.

(2) Pagaba diezmos al templo de Tyro.

(3) Según Strabon, su nacimiento se efectuó poco tiempo después de la guerra de Troya.

(4) Diodoro de Sicilia.

(5) Strabon.

(6) Dioscorides y Atheneo.

quitectos se hicieron célebres en la construcción de puertos (1); un griego, o de familia griega, llamado Aristóteles (2), inventó las galeras de cuatro órdenes de remos, y era famosa por su mercado de pedrería (3). Sus escuadras vencieron a las de los focenses, destruyeron la de los tirrenos, terribles piratas que infestaban el Mediterráneo; conquistaron a Córcega, Sicilia y Cerdeña, y su omnipotencia fué tan grande, que hasta la misma Roma tuvo que doblar su cerviz, y por tratado que firmó el año 245 de la fundación de Roma y 513 de la de Cartago, renunció al derecho de comerciar con Bello, Mastia y Tartesso (4). Fué en dicho siglo, después de la batalla de Alalía, que puso término a la influencia griega en el Mediterráneo y probablemente antes del tratado con Roma, cuando se emprendieron dos expediciones, las más temerarias de cuantas navalmente se hicieron en la antigüedad, que habían de resultar de tanta importancia, que para ser igualadas menester será esperar a la ardiente impetuosidad de los árabes, y para ser superadas se ha de llegar al descubrimiento y civilización de América por los españoles.

De 536 (a. J. C.) a 509 (a. J. C.) (5), dos cartagineses, ilustres por todos conceptos, los almirantes Himilco (6) y Hannon, salieron de Cartago con sus correspondientes y bien pertrechadas escuadras, el primero para recorrer el litoral ibérico y el segundo a Tasis, para desde allí visitar las costas occidentales de la misteriosa Africa.

El periplo (7) de Himilco no se conoce; el procónsul romano Rufo Festo Avieno, notable geógrafo y poeta de fines del siglo vi de la Era Cristiana, que tradujo la Descripción del Orbe, de Dionisio, y los Fenómenos, de Arato, conoció un periplo griego de autor desconocido, referente al viaje de este almirante cartaginés, que le sirvió de base para escribir un poema, «Ora maríti-

(1) Vitrubio, quien llamaba Cothon a cualquier puerto.

(2) Plinio.

(3) Plinio.

(4) Polibio, libro III, capítulo 24.

(5) Plinio, libro II, cap. 67, y Herodoto, libro IV, cap. 43.

(6) Polibio le llama Amílcar, y en la Biblia se le conoce con el nombre de Moloch.

(7) Periplo es la narración de un viaje marítimo de puerto a puerto y a la vista de tierra.

ma» (1), de innegable valor geográfico e histórico, muy superior, desde luego, al de los libros de geografía antigua, basados en referencias y testimonios sin comprobar, puesto que Avieno cotejó el viaje de Himilco con noticias suministradas por Hecateo de Milesio, Hellamro de Lesbos, Seylase de Carianda, Herodoto, Thuicidades, Pausimaco, Damanto, Bacoro de Rodas, Euctemon y Cleon de Sicilia.

Rufo Festo Avieno empleó un lenguaje raro y anticuado, una ortografía que no era la usual, palabras y locuciones griegas y giros propios de la versificación. Un manuscrito de Avieno sirvió para una edición hecha en Venecia en el año 1488, cuyo original se ha perdido, pero del que nos queda la copia, y se conserva además otro manuscrito, que copió Otelio.

Se han publicado de esta obra muchas ediciones, de las cuales las principales son, además de la reseñada de Venecia, las de Pedro Pithoci, Pedro Melian, Dyonisii, Holder, Schulten y Antonio Blázquez, que no son enteramente iguales, por haberse introducido correcciones filológicas, que muchas veces alteran el verdadero sentido del texto.

Seguramente, el almirante Himilco recorrió las costas ibéricas, en donde estaban situados los países Oestrymnicos, no siendo muy acertados Mullenhoff y Guillermo Onken, que señalan como lugares visitados en esta expedición a Francia e Inglaterra, en donde no podían estar esos antiguos lugares, ya que en «Ora marítima» se citan Herma (2), las columnas de Hércules (3), Abilia y Calpe, el Seno Atlántico, Tartesso (4), el río Hiberno y otros lugares situados en nuestra Península. Más discutido es el em-

(1) Se compone de 714 versos, y era costumbre de los geógrafos de aquel tiempo emplear la poesía en sus escritos, y así lo hicieron Segnio y Dionisio.

(2) Herma era un pretil o muro de césped que ciñe las orillas de un lago, que también se llama columnas de Hércules, y que, según el escritor Dionisio, llegaba hasta Lybia, ya que, sin duda, Africa y Europa estaban unidas.

(3) Hércules, corrupción de Meleart, significa rey de la tierra, y alude a un gran marino que con ese nombre conocían los fenicios, y a quien Strabon atribuye la construcción de una columna a la entrada de Africa, colocada poco tiempo después de la guerra de Troya.

(4) Según Herodoto, los focenses fueron los primeros que visitaron el país tartesso, en donde reinaba Argantonio, cuando este rey, que vivió ciento.

plazamiento de la Ophiusa, que Celso García de la Riga (1) coloca en Galicia, Martín Sarmiento (2) en las costas septentrionales u occidentales de España, Joaquín Costa (3) en el Mediterráneo, desde la desembocadura del Ebro, y que Antonio Blázquez, en el *Boletín de la Sociedad Geográfica*, y en su obra «Rufo Festo Avieno», prescindiendo de la etimología y fundándose en distancias y medidas geográficas, sitúa en la región comprendida entre el cabo de San Vicente y Gibraltar.

Mucho más importante en el orden de la intrepidez, aun cuando de menores resultados en cuanto a la obra de la colonización, fué la expedición marítima que emprendió el almirante Hannon, quien salió de Cartago al mando de 60 *pentecontorias* (4), que conducían una numerosa población civil (5). De este viaje se conoce una traducción griega del periplo que Hannon, de vuelta de su expedición, depositó en el templo de Saturno (6), y que se conservaba en gran secreto (7), aun cuando no falte quien crea que lo que sobre tal viaje conocemos es el mismo periplo que Hannon escribiría tal vez en griego, pues el almirante conocía muy bien este idioma clásico, cuyo conocimiento le sirvió para descubrir la traición de su compatriota Suniato, que avisó a Dionisio, tirano de Sicilia, de los propósitos de Cartago, de apoderarse, como luego hizo, de esta isla.

Se conservan de este periplo varias ediciones, de las cuales las más importantes son las de Didot («Geog. graeci minores», tomo I), y la que Keaner publicó en el tomo III de la «Encyclopédie des gens du monde», que Ramusio tradujo al portugués y que dió a conocer con un discurso de un piloto portugués sobre este viaje. Era conocido por casi todos los historiadores antiguos, como Pli-

veintitrés años, llevaba ochenta de hegemonía política, el cual encomendó a los referidos griegos construir una muralla, para cuya conquista los cartagineses inventaron más tarde el ariete.

(1) Oestrymnis-Ophiusa.

(2) Ora marítima.

(3) Litoral ibérico.

(4) Naves de 50 remos.

(5) Hannon, en su periplo, hace subir la población civil a 30.000 personas, número, sin duda, *exagerado*.

(6) Diodoro de Sicilia.

(7) Strabon.

nio (1), Herodoto (2), Strabon (3), Plutarco, Arriano, Quinto Curcio y Pomponio Mela (4). Nearche, escritor griego célebre por sus conocimientos de hidrografía, escribió una obra sobre este viaje, obra que conocemos por Arriano en su Periplo o Navegación ulterior. Plinio dice que se refieren de este viaje cosas fabulosas, y fueron en él edificadas muchas ciudades, de las cuales no se conserva memoria, vestigio ni rastro. De los escritores modernos que han tratado de estas expediciones cartaginesas, merecen citarse Luis de Mármol Carvajal, en su «Descripción de Africa», Florián de Ocampo en «Historia Antigua de España», Francisco Jansul de Romaní en «La Descripción de Africa», y, en particular, la navegación de Hannon, Mariana en «Historia de España»; Antonio Blázquez, «El periplo de Himilco»; Guillermo Onken, en «Historia universal», y Vidal Lablache, en su «Atlas de Geografía antigua».

El almirante cartaginés refiere cómo, habiéndose hecho a la mar, salieron fuera de las columnas de Hércules y navegaron dos días, hasta que fundaron la primera población, llamada *Thymiatærium* (5) y de allí, doblando al Occidente, llegaron a *Soloento* (6), que debió de ser la antigua sala o Salé, punto situado en Lybia y lugar poblado de árboles, en donde erigieron un templo a Neptuno, y subiendo otra vez hacia el Sol Poniente navegaron al Mediodía, hasta llegar a unas lagunas, no lejos del mar, en donde había elefantes y otros animales, que pastaban en gran número. Fundaron allí las ciudades de *Carveon*, *Jorchos*, *Gytte*, *Acra*, *Melitta* y *Arambe*, y más tarde llegaron al gran río *Lixo*, que corría por *Lybia*, y que no hay duda de que sea el Lucus, ya que los fenicios conocían a Larache, con el nombre de *Lixos*, y esta ciudad está en la desembocadura del Lucus.

Aquí se detuvieron y lograron entablar amistad con los indígenas, que, según los cartagineses, eran *nomandes* (7) y diferen-

(1) Historia natural, libro II, cap. 67.

(2) Libro I, cap. 43.

(3) Geographia.

(4) De la situación del orbe, libro III, cap. 2.

(5) Probablemente el promontorio que Plinio llamó Promontorium Solis, y Ptolomeo, Soluencia extrema.

(6) Para Florián Ocampo, éste es el Cabo Bojador.

(7) Nomandes, en griego, significa pastores o apacentadores de ganado.

tes de los que moraban más arriba, los etíopes (1), gente inhospitalaria que habitaba una tierra llena de fieras, dividida por grandes montañas, en las que nacía el río *Lijo*, referencias del almirante que nos hacen suponer que debieron de intentar establecerse en el interior, cosa que impidieron sus moradores, que eran trogloditas y más veloces que los caballos de carrera. Entre los lixitas tomaron intérpretes, con los cuales navegaron a la vista de un desierto, al Mediodía, dos días enteros y otro hacia el Sol Poniente, hasta dar en una ensenada en que encontraron una isleta, que poblaron y bautizaron con el nombre de *Cerne*, palabra griega que significa maceta o tiesto, y que pudo ser la que Dionisio (2) llama *Periegite*, en la actualidad isla Madera; más tarde descubrieron tres islas mayores que *Cerne*, seguramente las islas del archipiélago de Cabo Verde, y navegaron frente al río *Cherón*, o sea el actual Níger. Vieron luego elevadas montañas en cuyas faldas moraban hombres salvajes, vestidos con pieles de animales, que arrojando piedras impidieron el desembarco. Continuaron hasta descubrir un río muy grande y muy ancho, lleno de cocodrilos, sin duda el Gambia, desde donde navegando doce días y dejando la tierra llena de etíopes, que cuando no huían, insultaban a los expedicionarios, regresaron a *Cerne*, sin duda para aprovisionarse de víveres, y tras nueva navegación de doce días, fueron arrojados por el temporal contra unos montes encumbrados, espesos y de suave olor, hasta que restablecida la calma continuaron otros dos días, tal vez entre los cabos Blanco y Verde, y luego de descubrir un golfo inmenso y desembarcar en tierra firme, donde pasaron una angustiosa noche, al ser cercados por el fuego sus campamentos, después de tomar agua, navegaron cinco días más, dando vista a otro gran golfo, designado por los intérpretes lixitas con el nombre de Punta, y por los historiadores griegos, Hespérico, en el que había varias islas, en una de las cuales pasaron aun peor noche, alarmados ahora, no sólo por los muchos fuegos encendidos, sino también por escuchar sonidos de flauta, ruidos de cimbales y atabales e infinito y ensordecedor vocerío, que les causaba pavor insuperable. Muchos siglos más tarde, en 1461, reinando Alfonso V en Portugal, Don Pedro de Cintra, que exploró estos lugares, tuvo

(1) Pomponio habla de etíopes orientales y occidentales.

(2) De Situ Orb., ver. 219.

en ellos el mismo recibimiento de hogueras y de atronadores gritos que los cartagineses, y todavía hoy son causa de espanto para el viajero solitario que camina después de la puesta del sol, los ruidos de toda especie con que se acompañan los krumanes que bailan la típica maringa. Debe por ello suponerse que, apenas amanecidos, los cartagineses continuarían su emocionante viaje, que esta vez habrá de llevarlos a una región ardiente por sus vapores, en la que arroyos llenos de fuego escapaban de la tierra hacia el mar, y el calor era verdaderamente irresistible. Cuatro días más de viaje cerca de la costa de fuego, les permitieron contemplar un monte tan grande que parecía tocar las estrellas, llamado Theon Ochema, y por los griegos, Descanso de los Dioses, la actual Sierra Leona, llamada así por Pedro de Cintra, al observar extraños fenómenos meteorológicos. Se descubrió luego un golfo inmenso, que Ptolomeo denomina Kolpon o Seno Occidental, por hacer el mar una gran ensenada, que empieza en Sierra Leona, en que vuelve la tierra agostándose hacia el Mediodía, hasta formar el que baña las costas de Guinea. Desembarcados en una de las dos islas que en él se encontraban, descubrieron salvajes cuyas mujeres tenían el cuerpo velludo. En estas islas, a las que llamaron *Goriellas*, y que pudieran ser las del Príncipe y Santo Tomás, aprehendieron y dieron muerte a tres mujeres indígenas, cuyos cuerpos llevaron a Cartago, cuando después de divisar el cabo Noto, sin duda el López Gonzálvez, situado a diez y seis jornadas marítimas de Cabo Verde, en la costa de Guinea, emprendieron el regreso a su ciudad por falta de víveres.

Es muy fácil, según sostienen algunos historiadores, y según se induce del número de colonias fundadas en esta expedición, que Himilco volviese con otra escuadra; pero, si lo hizo, no se tiene ni la más remota noticia. Al cabo de los años, envuelta Cartago en las guerras púnicas, en que se ventilaba su existencia, quedaron abandonadas a su suerte estas colonias que Hannon fundó, y una tras otra, en lucha con los indígenas, sucumbieron, sin que de ellas nos quede la menor huella.

El valor y la audacia de Hannon son dignos de todo elogio. Para apreciarlos debidamente ha de tenerse en cuenta el terror que a sus coetáneos imponía el navegar por las columnas de Hércules, que era tanto, que el mismo Himilco cuenta en «Ora marí-

tima», que desde estas columnas hasta Occidente se encuentra un abismo sin fin, el mar se extiende y las olas se alejan sin cesar; y este temor supersticioso necesitará del largo transcurso de muchos años para que, ya entrado el siglo xv, por orden del infante Don Enrique de Portugal, en sucesivas expediciones, y contando con los adelantos de la náutica, la invención del astrolabio (para medir la altura del sol), y el empleo de las armas de fuego (1), se pudieran explorar los países que vió el almirante cartaginés, y que seguramente sin el triunfo de Roma y sin la destrucción de Cartago, antes hubieran entrado en el concierto de la civilización.

Se sostiene, aun cuando sin verdadera base científica, que conocimientos más antiguos y de más importancia que el viaje de Hannon se tuvieron en la antigüedad respecto al Africa, estando recogidos muchos de estos rumores en la «Histoire», de Francisco París (2). Así se dice que Salomón construyó el templo de Jerusalén con materiales procedentes de Africa Occidental, en donde estaba *Ophir*, y que en tiempos de Psamético I, de la XXVI dinastía de Egipto, se encomendó a los fenicios la realización de un viaje de circunnavegación por Africa, que ellos llevaron a la práctica (3).

Las inscripciones egipcias conservan una larga enumeración de esclavos negros capturados o entregados en tributo, acompañadas a veces de una somera descripción del físico y del traje, completadas con unos bajorrelieves y algunas pinturas murales. Herodoto describe el ejército de Jerges, constituido por etíopes, que habitaban más allá del Egipto; tenían los cabellos más crespos que los demás hombres y usaban como vestidos pieles de leopardo y de león. El célebre galeno distingue diez caracteres principales de los negros. Y, en fin, son muchas las obras de los clásicos antiguos que hacen mención de negros alistados en los ejércitos de los pueblos del Mediterráneo o pertenecientes a la servidumbre de algunas familias ricas de Grecia o de Roma.

(1) En el año 1100 se empleó la pólvora en un combate naval contra los tunecinos.

(2) Analyse de la Dissertation pour prouver que les anciens on fait le tour de l'Afrique.

(3) Pedro Bosch Gimpera, «Historia de Oriente», pág. 229, y Guillermo Onken, «Historia universal».

En el año 825, los normandos, que devastaron Sevilla, recorrieron la costa Noroeste de Africa. Los árabes, que no se sabe con exactitud si pertenecían a la raza de *aribas*, del grupo *aditās*, de civilización megalítica, o a la raza *amalica*, oriunda de Caldea, sostuvieron desde muy remotos tiempos tráfico marítimo con la India, de donde traían productos exóticos, monos y pavos reales, que por la costa de Omán, y luego por tierra, en el siglo x (a. J. C.), enviaban a los Faraones de Egipto. En el rincón Sureste del golfo arábigo estaba Ophir. También los árabes comerciaron con Abisinia, de donde exportaban marfil, y realizaron audaces navegaciones, llegando hasta Oceanía, y visitando muchos pueblos del interior de Africa, especialmente los próximos al desierto de Sahara, pero no hay plena prueba de que visitaron el golfo de Guinea.

En el siglo x, los árabes nos suministran interesantes noticias de Africa; por ellos conocemos el gran imperio de los *Asnagen* o *Senagen*, formado por tribus berberiscas, acampadas en el desierto del Sahara y en la parte meridional del Atlas, pertenecientes al grupo de tribus *sanhadscha*, que más tarde tuvo grandes relaciones con la Meca; pero tanto ésta como otras parecidas narraciones no tienen conexión alguna con nuestras posesiones del Africa ecuatorial, ni tampoco encontramos relaciones orales, transmitidas de generación en generación, única fuente histórica de muchos pueblos africanos, que, como Dahomey, tienen a las órdenes del rey un Consejo formado por 40 jefes, encargados de retener en la memoria los hechos más importantes.

La moderna etnología sostiene que no son autóctonos los indígenas de Guinea, sino que deben de proceder de grupos que saliendo del Asia fueron del Mar Rojo al golfo de Aden, por donde se comunican fácilmente ambos continentes, y desde allí siguieron el valle del Nilo hacia el Norte, descendiendo a buscar por el Sur el desierto, el Sudán y la costa de Guinea; en estos sitios, la raza típica negra la constituyen los elementos *mandigo*, *fulbe* y *hausa*, y tal vez estuviesen algunos grupos del negro pigmeo, que luego fueron empujados hacia el Sur. Los bubis de Fernando Poo todavía conservan la tradición de que fueron expulsados del continente por los *pamúes*, antropófagos, a los que aun conservan gran miedo.

España estuvo en la Edad Media en continua relación con

Africa y sufrió la dominación árabe y las invasiones de almoravides y de almohades. Reinando en Castilla Alfonso X el Sabio, se sublevó el infante D. Enrique, quien después de luchar en Morón pasó al Africa; en 1260 proyectó el mencionado rey llevar la guerra al vecino continente, celebró Cortes en Toledo, para obtener subsidios, dió un privilegio a Rui García de Sant Ander para hacer la guerra *allende la mar*, pidió auxilio a D. Jaime y nombró a Juan García de Villamayor adelantado del mar. No tenemos noticia de que se verificase esta expedición, de la que el general Goded, en su importante obra sobre Marruecos, dice que se conquistó Salé, en la costa del Atlántico.

En un mapa catalán de 1375, parece ya tenerse una idea, siquiera remota, de la Guinea, pues hay una región en el Africa ecuatorial que se llama Ginvia, que está debajo de Tembuch, tal vez Timbucto.

Conocidísima es la política africana de los Reyes Católicos y del Cardenal Cisneros. En 1476, Diego Herrero desembarcó por la noche en Santa Cruz de Mar Pequeña, construyó una fortaleza que coronó de artillería y es fácil conquistase el antiguo reino de Bu-Tata, que se extendía por la margen derecha del antiguo Daradus, hoy Dráa, entre los 28° 41' y 29° 30' de latitud septentrional, con las ciudades de Ogran y Tagaost (1); en estas posiciones dejó una guarnición al mando de Alonso de Cabra (2), al que sucedió García Herrera, que murió en 1485, y cuyos sucesores resistieron los duros ataques de que fué objeto durante los años de 1492 y de 1493, hasta el 1494, en que, apresados sus defensores, la posición quedó destruída.

El artículo 3.º del Convenio hispanofrancés de 22 de Noviembre de 1912, reconoce el derecho que España tiene a la concesión que le otorgó el Gobierno marroquí en el Tratado de 26 de Abril de 1860, en Santa Cruz de Mar Pequeña o Ifni, cuyos límites son: al Norte, el Uad-Bu-Sedra desde su desembocadura; al Sur, el Uad-Num, también en su desagüe, y al Este una línea que dista 25 kilómetros de la costa. Muy poco se sabe de esta región, que aun cuando se la conoce con el nombre de «Gran Jardín», por su dife-

(1) Salazar, «Documentos en tiempos de los Reyes Católicos».

(2) Cesáreo Fernández Duro, «Exploraciones de una parte de la costa Noroeste de Africa».

tencia con el desierto, no debe de ser muy rica. Tiene de extensión unos 1.400 kilómetros cuadrados, según los planos levantados por el teniente coronel de Estado Mayor D. Eduardo Alvarez Ardanuy, conteniendo cerca de su antigua capital, Targaost, poblados de alguna importancia, y la ciudad de Aguelmin, con alcazaba, ciudadela, barrios musulme y judío, mercados, acueducto y hermosas huertas regadas por el Guad-el-Azar. Se supone encierra la región minas de hierro, oro y plata. Sus costas, llamadas de Hierro, por no tener ni el menor refugio, son seguidas por las líneas aéreas que van a Cabo Verde, y forman parte del proyectado trazado del ferrocarril Londres-París-Madrid-Tánger-Dakar. En 1882 sostuvo la Sociedad Geográfica la urgente necesidad de que el Gobierno español ocupase estos territorios; y después de la guerra europea, según rumor público, se dieron órdenes a un barco de guerra para que realizara dicha ocupación, desistiéndose de ello cuando el barco estaba en alta mar. El xerif Sidi-Hasan ofreció someterse a la autoridad española, con la única condición de que ésta construyese un puerto.

En tiempo de los Reyes Católicos, de 1475 a 1476, el capitán Carlos Valera, con el conde de Pallarés y Mosén Alvaro de Nava, con una flota de 30 carabelas y tres naos, asaltaron varias islas de Guinea, apresando muchas naves portuguesas, con su capitán. Esta hazaña dió lugar a los Tratados de 1479 y 1480 con Portugal, en el cual se reconocían a la nación vecina todas las tierras desde Canarias para abajo, contra Guinea, y más tarde, en 1509, se renunció en favor de Portugal al Peñón de la Gomera, que se supone fué después permutado por el Cabo Aguer (1).

En el siglo xv eran muy frecuentes las excursiones que desde Andalucía se hacían a la costa africana; un documento inédito de 1506 se ocupa detalladamente de estas expediciones, que tenían por objeto saltar aduana y apresar naves. El Alcaide de la Rota, con varios nobles de Jerez, en 1480, se apoderó de Azamor; Francisco Estopiñán, en 1487, se hizo célebre por sus incursiones en la costa marroquí; Pedro Vargas, Alcaide de Gibraltar, en 1497 tomó Tánaga; Fernando Meneses, en 1490, conquistó las islas

(1) Fundado por el portugués Juan López de Sequeira, quien construyó un castillo de madera, y que en el año 1537 destruyó el emir Muñey Mohamed el Nauani.

Alhucemas; Pedro Estopiñán, tomó Melilla, y más tarde, Pedro Navarro ocupó, en 1506, el Peñón de Vélez de la Gomera.

Es, sin duda alguna, al infante D. Enrique de Portugal a quien corresponde el mérito de que se conociese el golfo de Guinea: para ello se trasladó cerca del cabo de San Vicente, en donde mandó construir su palacio, fundó una escuela de cosmología, un observatorio astronómico y estableció un buen arsenal.

Conquistada Ceuta, mandó el infante D. Enrique varias expediciones a reconocer el litoral de Africa; una de ellas vió el Shn Fátima, que por su brillantez llamaron Cabo Blanco. Otra no pasó 60 millas de este punto, y sus tripulantes se volvieron atemorizados diciendo que habían visto un mar de arrecifes de más de seis leguas, contra el cual se rompían las olas. En 1419, Gonzalo Velho pasó por Canarias; Juan Gonçalves Harca y Tristán Vaz Teyxeira descubrieron Porto Santo, y dos años más tarde, acompañados de Juan de Morales, llegaron a la isla de Madera, que fué rebasada en 1431 por Velho Cabral, que descubrió las islas Azores; por Gil Eanes, que llegó al Cabo Bojador y por Alfonso González de Baldaya, que divisó Río de Oro. Poco tiempo después, en 1441, Nuño Tristán descubre el Cabo Blanco, y dos años más tarde la bahía de Arguim, y Dionisio Díaz, en 1445, dobla el Cabo Esperanza. Un veneciano, Luis Mosto, visitó Cabo Verde, y por orden del infante penetró en el río Gambia, lo que en 1446 hicieron los portugueses Nuño Tristán y Alvaro Fernández, quien avanzó a Sierra Leona, penetró por el río Núñez, viéndose, como los antiguos cartagineses, rodeados de canoas tripuladas por negros armados, por lo cual Diego Gómez, Juan González Ribero y Nuño Fernández de Baya fueron en carabelas armadas al río Gambia. Murió el infante en 1460, en el mismo año que Diego Gómez, acompañado del genovés Antonio de Nolis, llegaron a las islas de Cabo Verde.

Alfonso V de Portugal siguió las huellas del infante. En su reinado, en el año de 1461, Pedro Cintra exploró las costas africanas del río Grande, llegando hasta el Cabo Varga y a Sierra Leona. Para procurarse recursos, el monarca lusitano arrienda el monopolio del comercio a don Fernando Gómez, que en calidad de arrendatario, y para cumplir una cláusula del contrato, mandó a Juan de Santarem y a Pedro Escobar, en 1469, bajo la dirección

del piloto portugués Alvaro Esteves, a recorrer las costas de Africa. En este viaje llegaron a Cabo Palmas, siempre en lucha con un mar calmoso, en que las brisas del Sur y las corrientes del Norte, tan frecuentes en el golfo, dificultaban la navegación. Entrados en el golfo de Benin, el 21 de Diciembre desembarcan en una isla, que llamaron Santo Tomás, y el 1 de Enero de 1471 en otra, a la que, en recuerdo de la fecha de arribada, llamaron Do anno bon; descubrieron después la costa del continente, en donde pusieron pie, logrando penetrar hasta la aldea de Sama, cerca del río San Juan, en la que establecen el primer mercado de oro, y en ulterior recorrido de la costa hasta cerca del cabo López González, el 17 de Enero descubrieron la isla del Príncipe. En 1472, un caballero portugués, Fernando Poo, bautiza con el nombre de Formosa a una isla del mismo golfo, que hoy ostenta el nombre de su descubridor. Y, en fin, en 1484, los portugueses toman posesión de las islas meridionales de Guinea (1), que estaban desiertas, y a las que deportaron después a los condenados a pena de muerte. Todas estas posesiones formaron posteriormente el distrito de Biafra, cuya capital fué Santo Tomé.

En los siglos XVI y XVII tienen lugar numerosas tentativas para colonizar estos territorios. En 1592, cuando Portugal formaba parte de los dominios de Felipe II, se mandó una numerosa expedición, en la que las fiebres y las enfermedades tropicales diezmaron a los tripulantes, que creyeron que los negros envenenaban los ríos. En 1656 un vecino de Santo Tomé, de origen español, ensayó, sin éxito, en Annobón, la plantación de la caña de azúcar.

El precio de la civilización de América del Norte fué, en parte, pagada por Africa. La civilización europea se limitó a establecer en la afluencia de los ríos, o en las islas inmediatas, una línea de fuertes y factorías, dedicándose al comercio de esclavos, mientras España, la tan calumniada patria, civilizaba América, gobernaba con humanitarias leyes como las de Indias y asentaba con firmes y sólidas edificaciones, semejantes a las de la antigua Roma, ciudades que todavía conservan en su grandiosidad huellas imborrables de la madre que les dió el ser. De 1650 a 1715 la inicua trata de negros puso en relación las Indias Occidentales con las costas,

(1) Guinea viene de una ciudad llamada Gens, donde llegaban los comerciantes por el río Hanega. Sus habitantes atacaron a los portugueses con varas tostadas, como en tiempo de Hannon.

también occidentales, de Africa. Francia ocupó las bocas del Senegal, fundando Sociedades encargadas del criminal tráfico de esclavos; Sociedades que cumplieron tan bien su misión que puede calcularse en unos 100.000 negros los que anualmente perdían su libertad y su patria. Inglaterra, mientras sus piratas asaltaban las galeras españolas, robaban el oro y devastaban las costas del continente americano, se ennoblecía, fundando Compañías, como la Africana, subvencionada por el Gobierno, calculándose en unos dos millones de desgraciados seres los que sufrieron la condición de esclavos por su intervención, en los años de 1680 a 1785 (1), la mayoría de los cuales murieron en la horrorosa travesía del Atlántico.

En tiempos del desacertado marqués de Pombal, éste, que fingía tener buenas relaciones con España, engañando al embajador español, marqués de Almodóvar, secretamente organizaba excursiones de las posesiones portuguesas del Brasil a las lindantes de España. En 1766 un oficial español, D. José Molina, encontró en la sierra de los Tapes, al Norte del río Pardo, fuerzas portuguesas, por lo que entabló la correspondiente protesta, que fué atendida por Portugal; no obstante lo cual, cinco días más tarde, los portugueses se apoderaron del río Grande de los Patos y exterminaron a un destacamento de indios y milicias españolas de la villa de Corrientes; hechos que dieron lugar a que el 13 de Noviembre de 1776 zarpase de Cádiz una escuadra a las órdenes del teniente general marqués de Casa Téllez, quien ocupó Santa Catalina y la colonia de Sacramento, mientras otra flota española, por el río Bajo, se situaba en Lisboa.

Muerto José I de Portugal cayó en desgracia el marqués de Pombal (2), y doña María de Portugal, que le sucedió en el trono, hizo con Carlos III dos Tratados: uno, el 1.º de Octubre de 1777, firmado en San Ildefonso, entre Floridablanca y Souza Coutinho, y otro, de amistad, garantía y comercio, el 11 de Mayo de 1778, ratificado por el monarca español en San Lorenzo del Escorial, por cuya cláusula 13 España adquiere la isla de Annobón, en la costa de Africa; la de Fernando Poo, en el Golfo de Gui-

(1) «Historia del Mundo en la Edad Moderna, siglo XVIII», pág. 363.

(2) Pombal sufrió un proceso, en el que salió condenado como reo de merecedor castigo ejemplar, y aun cuando fué indultado, murió desterrado el 8 de Agosto de 1782.

nea, para que los vasallos de la corona de España se puedan establecer en ella y negociar en los puertos y costas opuestas, como son los puertos del río Gabaón, de los Camarones, de Santo Domingo, del Cabo Formoso, y otros de aquel distrito, a cambio de la isla de Santa Catalina y de la rica y extensa colonia de Sacramento.

Para ocupar estas posesiones salió el 7 de Abril de 1778 la fragata *Catalina*, con 150 hombres, mandada por el conde de Artalejo, quien llegó al Golfo de Guinea el 21 de Octubre, tomó posesión el 24 y murió en el viaje a Annobón, tomando el mando el coronel de Artillería Primo de Rivera, quien por no poder desembarcar se retiró a Santo Tomás, esperando órdenes del Gobierno, con las cuales desembarcó en la bahía al Este de Annobón, que denominó Concepción, viéndose obligado, por insubordinarse el sargento Jerónimo Martínez, a marcharse a Santo Tomás, en donde dominó la rebelión, y de allí a Montevideo, adonde llegaron indemnes solamente 22 hombres.

Inglaterra tenía en esta época en Sierra Leona un establecimiento de muy pocas condiciones higiénicas, por lo que, en virtud de órdenes del Gobierno, Willians Owan desembarcó del «Edén», en Fernando Poo, fundando, en honor de Guillermo IV, la ciudad de Clarence. El coronel Richol quiso convertirla en plaza fuerte, sin conseguirlo, teniendo que abandonar esta isla a causa de la insalubridad del clima, por orden del almirante Warren, y vendiéndola a Dillon, Tenaud y Compañía, que por quiebra transmitió sus derechos a la Compañía de Africa Occidental, que ocupó los edificios militares y nombró por representante a M. Becroit, y más tarde vendió en 1.500 libras esterlinas sus derechos a la Sociedad Misionera Baptista.

En 1831 el español Marcelino Andrés recorrió la costa de Guinea, y al regreso a España elevó una exposición al Gobierno para señalar su extraordinaria importancia, publicando una Memoria sobre las islas de Fernando Poo y Annobón, que fué justamente premiada por la Sociedad Económica Matritense de Amigos del País. Por esa fecha se establecieron varios españoles en las costas del Africa Occidental, quemando los indígenas alguna de estas factorías, como la que el español Pedro Blanco fundó en el río Gallinas.

Inglaterra, en 1839, quiso establecer un Tribunal Mixto de

Justicia, para juzgar a los buques negreros, en la antigua Clarence, para lo cual entabló negociaciones con el Gobierno español, a fin de comprar estas posesiones en 60.000 libras esterlinas, y el Ministro de Estado español presentó el oportuno proyecto a las Cortes, que tuvo que retirar, ante la campaña en contra que hizo la Prensa y las Sociedades científicas y económicas.

El capitán de navío D. Juan José Llerena salió en el año 1843 del Ferrol, al mando de una expedición, que después de detenerse en Sierra Leona llegó a las diez de la mañana del 23 de Febrero del año de 1843 a Clarence, de cuya ciudad arrojó a los agentes de la Compañía inglesa del Oeste de Africa, que desde hacía catorce años destruían el arbolado, y proclamó soberana de la isla a Isabel II, en cuyo honor llamó Santa Isabel a la capital, ciudad en la que sólo encontró 16 ingleses, dos españoles, a quienes los ingleses sorprendieron en un barco negrero, y dos americanos. El primer gobernador que tuvo la isla de Fernando Poo fué Míster Tohn Becroff, y sus atribuciones, la de prohibir la corta y destrucción de maderas, dando concesiones para su natural uso; gravar el comercio de importación y de exportación, cobrar el derecho de tonelaje, formar un Cuerpo de milicias para mantener el orden, conceder terrenos a los particulares y organizar una Junta Administrativa y un Tribunal de Justicia. Después de tomar posesión de Corisco y Annobón regresó Llerena a la Península, desembarcando en Cádiz.

La primera autoridad española de Fernando Poo y el subgobernador de la misma, míster Lingslager, visitaban con frecuencia el Continente, para lo cual el primero tenía un barco, «Etiope», en el que le acompañaba su médico, míster King. Baltasar y Francisco Simón fundaron la primera factoría española en Corisco, en cuya isla reinaba Bancoro I, quien quiso someterse a España, pero insubordinándose sus partidarios, se retiró a Cabo San Juan, en donde consiguió reconociesen a España las tribus de los bengas, buikos y balenguas. Corisco se dividió en dos reinos, uno regido por Muele, al Sur, y otro, al Este, gobernado por Kakatondini, contra quien se sublevó un súbdito, Munga, quien derrotó a su rey, que murió en la lucha, y quien, juntamente con Bancoro II, que por renuncia sucedió a Muele en 1858, acataron la soberanía de España.

Poco tiempo después, el capitán de fragata, don Nicolás Man-

terola, acompañado de don Guillermo de Aragón, cónsul español en Sierra Leona, visitaron estas posesiones, aun cuando sin ningún resultado práctico (1). Muy importante y de grandes resultados fué la excursión emprendida en 1859 por don Carlos Chacón en el «Vasco de Gama», con el bergantín «Gravina», la goleta «Cartagena» y la «Santa María», y a quienes se debe la construcción del Hospital. Gobierno civil, etc., es decir, toda la parte antigua de Santa Isabel. El sacerdote don Miguel Martínez fundó, con las Siervas de María, la primera misión católica, y dos años después se estableció la Compañía de Jesús, hasta la revolución de 1868, siendo hoy los Misioneros del Inmaculado Corazón de María los que cumplen su cristiana misión, habiendo en 1901 fundado la primera imprenta en Banapá.

El primer plano completo de estas posesiones lo hizo el capitán de fragata don Manuel Sostado; los hermanos Baltasar y Francisco Simón fueron los primeros que escalaron el pico de Santa Cecilia, quince días antes que Iradier. En los años 1860 a 1864 y 1873 se otorgaron cartas de nacionalidad a muchas tribus indígenas. Conocidos son los trabajos realizados por las Sociedades Eúskara, La Exploradora, Compañía Trasatlántica y especialmente por la Sociedad Española de Africanistas, fundada por don Francisco Coello y don Joaquín Costa (2), y la actual Sociedad Geográfica. Y bien estudiadas están las exploraciones y trabajos realizados por los misioneros Miguel Martín Sanz, que tiene publicada una gramática bubí; Ajuria y González (3), y por Navarro, Iradier, Ossorio, Montes Oca, Bonelli, Saavedra Magdalena, Pittaluga, Bravo Carbonell, Bengoa, etc. En 1926, el gobernador general, don Miguel Núñez de Prado, realizó la visita a todas nuestras posesiones, efectuó la ocupación total de toda nuestra zona en el Continente, construyó trochas, estableció puestos de la Guardia colonial e hizo una buena política sanitaria, digna del mayor elogio.

JOSÉ LUIS SERRANO UBIERNA,

Registrador de la Propiedad.

(Continuad.)

(1) Esta expedición nos la refiere detalladamente Guillermo de Aragón en «Colonización de Fernando Poo».

(2) Pusieron gran interés en que el Gobierno español realizase la conquista del Kamerún.

(3) Recorrieron el Otoche hasta su nacimiento, frente a Mikañón y la comarca regada por el Bía, hasta Asobola.